

EL PERIODISMO Y LA ÉTICA: UN ANÁLISIS DESDE LA PERSPECTIVA DE LA ÉTICA DE LA VIRTUD

KAREN SANDERS*

Este artículo reflexiona sobre la relación entre la ética y el periodismo en el contexto británico. Se exponen las principales posturas éticas que imperan en la enseñanza y en la práctica del periodismo. A partir de la tradición ética de la virtud, la autora sostiene que este acercamiento a la ética tiene mucho que ofrecer a los profesores de las Facultades de periodismo y a todos los que trabajan en los medios de comunicación.

Palabras clave: ética, periodismo, virtud, enseñanza y práctica del periodismo.

I. INTRODUCCIÓN

LAS PREGUNTAS SOBRE LOS VALORES, los principios, la mala o la buena conducta son una parte inevitable del periodismo, como en cualquier otra práctica humana. Los mismos periodistas justifican sus decisiones y acciones apelando a principios morales. Hablan del “derecho a ser informado”, de informar para “el interés público” dando a los ciudadanos lo que quieren” y de la importancia de “la noticia”. La práctica diaria de informar se sustenta sobre toda suerte de reglas tácitas y el trabajo del periodista lleva necesariamente consigo una reflexión sobre su buen hacer. En efecto, la afirmación de que los periodistas habitan un universo moral diferente, donde se aplica un código ético distinto para quienes trabajan en los medios de comunicación es

* Karen Sanders es profesora de Ética y de Comunicación Política en el Department of Journalism Studies de la University de Sheffield (k.sanders@sheffield.ac.uk).

en sí misma un argumento ético. No se puede eludir la cuestión de la ética en el periodismo.

Por otra parte, el papel autoproclamado de los medios de comunicación como protectores de la sociedad que ponen al descubierto la corrupción y las fechorías en beneficio del pueblo lleva a preguntarse si las prácticas de los medios de comunicación son de fiar. Su omnipresencia y su aparente poder colocan a los periodistas en el candelerero.

Esto sin negar el hecho de que la libertad del periodista puede ser restringida o incluso eliminada por las estructuras de poder y por los intereses que conforman el mundo en el que tiene que actuar. La literatura británica sobre los medios de comunicación ha tratado estas cuestiones de manera extensa.¹ Sin embargo, la consideración sobre el valor, la elección, el significado de la buena y de la mala práctica en el periodismo es un campo relativamente nuevo en el Reino Unido². En su valiosa evaluación sobre los estudios en este campo, Kenneth Starck concluyó, entre otras cosas, que “un aspecto inquietante de la ética del periodismo -en la práctica o en la investigación- es la desconexión entre la aplicación y la teoría”³. Establecer una conexión entre estos dos puntos es un objetivo principal de esta investigación.

A continuación se examinará la perspectiva de la ética de la virtud, de reciente actualidad en círculos filosóficos anglosajones, y se investigará su utilidad para los educadores del periodismo y para los mismos periodistas en la definición y en la práctica del buen periodismo⁴. El estudio se centrará en el periodismo británico, aunque también se hará referencia a los medios de comunicación españoles.

Las preguntas que van a guiar esta investigación son las siguientes:

1.- ¿Cuáles son los principales planteamientos sobre la ética del periodismo que se pueden identificar en la investigación, en la formación del periodista y en las prácticas periodísticas?⁵.

2.- ¿Qué es la ética de la virtud?⁶.

3.- ¿Qué puede aportar la tradición de la ética de la virtud a la educación y a la práctica periodística?

Antes de responder a estas preguntas, hace falta explicar algunas paradojas del periodismo británico a principios del siglo XXI.

II. PARADOJAS DEL PERIODISMO BRITÁNICO

AL CONTRARIO que en el resto de Europa y en los Estados Unidos, en Gran Bretaña no se confía en los periodistas. Sólo el 15% de la población británica confía en su veracidad, en comparación con el 43% de los norteamericanos⁷.

Es decir, el 85% de los británicos cree que los periodistas no dicen la verdad. Por contraste, el 73% confía en la veracidad de los presentadores de televisión. Estos resultados fueron confirmados en otro sondeo realizado por el grupo MORI en 2000 (véase tabla 1). Los periodistas están los últimos de la lista, incluso por debajo de los ministros del Gobierno y de los políticos. Sin embargo, los presentadores de televisión ocupan el tercer puesto, detrás de los médicos y de los profesores.

Tabla 1: La confianza en los grupos ocupacionales del Reino Unido

Pregunta: ¿Confía en que cada uno de estos grupos de personas dice habitualmente la verdad?

	Dicen la verdad	No dicen la verdad	No se sabe
	%	%	%
Médicos	87	9	4
Profesores	85	10	5
Presentadores de TV	73	18	10
Catedráticos	76	11	13
Jueces	77	15	8
Clero	78	16	6
Científicos	63	25	12
Policía	60	33	8
Hombre/Mujer de la calle	52	34	14
Encuestadores	46	35	19
Funcionarios	47	40	14
Sindicalistas	38	47	15

	Dicen la verdad	No dicen la verdad	No se sabe
	%	%	%
Empresarios	28	60	12
Políticos	20	74	6
Ministros	21	72	7
Periodistas	15	78	6

Fuente: sondeo de MORI llevado a cabo en febrero de 2000. Se entrevistó a un total de 2.072 adultos (<http://www.mori.com/polls/2000/bma2000.shtml>).

Para muchos, en el Reino Unido el periodista es poco más que un gacetillero que -en palabras de un periodista británico- requiere sólo “unos modales correctos, la astucia de una rata y un poco de aptitud literaria”. La imagen reptiliana del periodista alcanzó su apoteosis en el año de la muerte de Diana, Princesa de Gales, en 1997. Tanto la presencia y el comportamiento de los *paparazzi* en el lugar del accidente como la acusación pública por parte de su hermano, el conde Spencer, de que “los directores [de los periódicos] tienen sus manos manchadas de sangre -siempre creyó que al final la prensa le mataría-”, marcaron el peor momento para el periodismo británico.

El mismo año de la muerte de Diana, un antiguo corresponsal de la BBC consiguió un escaño en el Parlamento como candidato no oficial contra la corrupción. Presentaba al periodista como la imagen de la integridad, el campeón de la verdad que desvela los crímenes de los poderosos, el paradigma del *Watergate*. La prensa escrita y la BBC representan las dos caras del periodismo británico en la percepción pública. En el Reino Unido, pues, los periodistas repelen y atraen. En el siglo XXI son el equivalente de doctor Jekyll y mister Hyde.

A pesar de la poca estima que los periodistas suscitan en el Reino Unido, este país es, junto con Alemania y los países escandinavos, uno de los lugares donde más periódicos se compran y donde más telediarios se ven. En un día normal, los británicos compran doce millones de periódicos de prensa nacional, comparados a los casi dos millones que se adquieren en Francia y al millón y medio de España⁸. Según las estadísticas de la Unión Europea, el 47% de la población lee un periódico cada día, el 16% va-

rias veces por semana y otro 16% una o dos veces por semana. Además, aproximadamente el 71% de la población británica ve cada día las noticias de televisión y el 16% lo hace varias veces a la semana. De media, se ven unas 26 horas de televisión cada semana⁹.

Para los británicos, el periodista es tanto un informador como un bufón que hace reír con historias de ricos y famosos. En efecto, los periodistas británicos tienen, en palabras del editor político de *Sky News*, Adam Boulton, “un poco más del mundo de los escritores de pacotilla” que sus equivalentes norteamericanos o europeos. También por eso los periodistas británicos han tenido menores pretensiones de convertirse en un Cuarto Poder. Según esta visión nada romántica, el periodismo es un oficio, no una profesión, y los periodistas son reporteros.

El escepticismo sobre el papel del periodismo no crea una industria pasiva. Nadie queda a salvo de las atenciones de la prensa. El mismo periódico que una semana lanzó una campaña para desensmascarar a los pedófilos, unos meses después organizó una trampa a la nuera de la reina Isabel, con periodistas disfrazados de jeques árabes, para revelar cómo aprovechaba su estatus real en sus actividades comerciales. En el Reino Unido el periodismo es todo menos aburrido.

Sin embargo, como indican los datos arriba citados sobre la confianza, el escepticismo sobre el papel del periodismo y del periodista tiene un precio. En un clima donde no se fomenta la reflexión sobre los principios y las prácticas del periodismo, las consecuencias pueden ser serias. Por citar algunos ejemplos: en 2001 el director del *Sunday Mirror* perdió su trabajo por informar de manera perjudicial sobre un juicio; *The Sun* perdió gran parte de sus lectores de Liverpool por el tono de su cobertura de la tragedia de Hillsborough, en la que murieron muchos de los hinchas de la ciudad; una productora de televisión perdió la posibilidad de hacer programas por falsificar escenas¹⁰. Como declaró un periodista de *The Times*: “promocionar y hablar sobre los estándares altos y la ética en los periódicos (...) no es un capricho para los aficionados a la filosofía moral o para periodistas con una psique

sensible: es un asunto muy práctico que afecta a las relaciones con los clientes, la mejora del producto y las ganancias”¹¹.

Desde luego, también es cierto que en muchos sentidos los periodistas tienen menos poder de lo que a veces imaginamos. Salvo unos cuantos privilegiados, la mayoría de los periodistas tiene condiciones laborales precarias¹². En su investigación sobre el papel del sindicato británico de periodistas (*The National Union of Journalists*) en el planteamiento de cuestiones éticas, Harcup afirma con razón que “no se puede separar la ética periodística de realidades económicas cotidianas como la falta de personal, la seguridad en el empleo, los contratos eventuales y el uso de la prepotencia y las prerrogativas ilimitadas de las que goza la dirección”¹³.

Todo lo dicho es verdad. Sin embargo, nadie aceptaría el argumento “no podía hacerlo de otra manera” como justificación de una mala acción. El político conservador Alan Clark, a menudo blanco de la atención mediática, lo expresó de una manera más gráfica: “es imposible sobreestimar el grado de saña que se fomenta en el trabajo de los periodistas. Pero no hay que hacerles mucho caso porque, como los guardias de los campos de concentración, sólo actúan bajo órdenes”¹⁴.

III. MODOS DE ENFOCAR EL PERIODISMO Y LA ÉTICA

ANTES DE CONSIDERAR las relaciones entre el periodismo y la ética que prevalecen en el mundo educativo y en la práctica periodística, expondré los distintos enfoques éticos de la literatura sobre periodismo. Éstos se pueden resumir en cinco “tipos ideales”: el cínico, el ejecutivo de las relaciones públicas, el deontólogo, el dogmático profesional y el abogado.

1) **El cínico.** Trata las cuestiones éticas con indiferencia o cinismo. En el periodismo, el cínico afirma que la práctica ética no importa o que es imposible. Sólo importa el dinero.

En realidad, un cinicismo tan radical no es muy común. Por ejemplo, *The News of the World* es sensacionalista, exagera, pero tiene una cierta integridad periodística: pide disculpas cuando se

equivoca; mantiene posturas políticas coherentes y consistentes. Busca no violar las normas del código de la prensa.

2) **El ejecutivo de las relaciones públicas.** Es más común pensar en la ética como una parte de las relaciones públicas. En palabras del investigador y periodista norteamericano Philip Meyer: "(...) si en las empresas de noticias existe un motivo constante en el tratamiento de los problemas éticos, éste es el deseo de agradar. (...) la ética no se trata como una búsqueda de la integridad sino como un ejercicio de las relaciones públicas"¹⁵.

Si no hay una protesta popular ni una amenaza legal no se hace nada. Este principio inspirado en las relaciones públicas parece algo limitado para fomentar un periodismo de calidad.

3) **El deontólogo.** Los deontólogos se orientan éticamente a partir de los códigos profesionales. Sin lugar a dudas, éstos son útiles: dan pautas para los asuntos más contenciosos de la práctica periodística. En el Reino Unido, el código ético para la prensa y las decisiones de la Comisión que lo administra (*Press Complaints Commission*) han suscitado un debate sobre la ética, que ha sido influyente en el fomento de la buena práctica profesional. Sin embargo, estos códigos no pueden contemplar todas las eventualidades ni solucionar los casos difíciles.

4) **El dogmático profesional.** Además de los códigos deontológicos existen también códigos profesionales no formales. Suelen tratar de asuntos como la precisión, la velocidad, la exclusividad o la objetividad. Esta última puede llegar a tener tanta importancia que la búsqueda de la verdad ocupe un lugar secundario. A veces, el periodista apela a principios como el derecho a la libertad de información para quedar exento del comportamiento ético, normal, de sus conciudadanos.

5) **El abogado.** Desde esta perspectiva, si algo es legal es aceptable, si no, no. Pero en primer lugar hay que averiguar si la ley es ética. Es evidente que se puede estar dentro de la ley sin actuar éticamente. Cuando uno de los directores de *The Sun* publicó en primera página una foto en la que la víctima de una violación era claramente identificable, actuó legalmente. Sus periodistas intentaron disuadirle en vano. Cuando el director les pidió una razón

410

para no incluir la fotografía sólo pudieron responder que era una cuestión de ética. Legalmente no existía ningún impedimento¹⁶.

Salvo el cínico, todos los demás tipos ideales quieren lograr una práctica periodística correcta. Todos pueden contribuir a lograrla. Pero, ¿cuál es el día a día de un director o de un periodista? Tiene que tomar decisiones sobre las noticias en una fracción de segundo. No tiene tiempo para reflexionar. Cuando hay cuestiones menos claras y el tiempo apremia (casi siempre en el periodismo), el discernimiento del buen actuar se vuelve más complicado.

IV. LA FORMACIÓN DEL PERIODISTA



CONTINUACIÓN, consideraré la situación de la ética en los programas de formación de los periodistas.

El estatus profesional requiere el dominio de un área específica de conocimiento. Los abogados tienen que conocer la Ley, los médicos la Medicina. Sin embargo, no es tan fácil identificar el campo de conocimiento propio del periodista.

Por eso, en el Reino Unido la formación periodística se ha concebido tradicionalmente como la adquisición de destrezas. Al contrario de lo que pasa en los Estados Unidos y en el resto de Europa, en el Reino Unido las organizaciones vinculadas a la industria periodística han establecido los estándares de formación. En sus programas, la ética no es una asignatura troncal; sólo se exige que incluyan alguna reflexión sobre problemas éticos y un conocimiento de los códigos de conducta de la industria.

Un logro relativamente reciente es la inserción de la formación periodística en la Universidad. En 1970, Cardiff se convirtió en la primera universidad británica en ofrecer estudios de periodismo. En 2002 existían nueve licenciaturas en periodismo y diecinueve programas de postgrado acreditados por la industria y, por tanto, obligados a cumplir sus requisitos acerca de conocimientos sobre códigos y reglamentos. En la actualidad, la mayoría de los programas universitarios contiene una asignatura, muchas veces vinculada al estudio del Derecho, que menciona la palabra “ética” en su título¹⁷.

Por supuesto, los títulos solamente dan indicios sobre el contenido de las asignaturas y se precisa más información acerca de ellas. Sin embargo, la vinculación que existe entre el Derecho y la ética en varias asignaturas hace pensar que su enseñanza como un área específica de conocimiento en los programas de periodismo tiene en el Reino Unido un carácter decididamente legalista y deontológico. Si éste es el caso, es muy poco probable que haga justicia a la necesidad de vincular la teoría ética con la práctica, tal y como sugiere Starck¹⁸ en su análisis sobre el área.

V. LOS ENFOQUES ÉTICOS DE LOS PERIODISTAS

¿QUÉ SE PUEDE DECIR sobre los enfoques acerca de la ética en el lugar de trabajo? Si en primer lugar se examina la información que aparece en las encuestas actitudinales sobre el tema, aparece un panorama muy diverso. Concretamente, en la encuesta de Weaver¹⁹ hay poco consenso sobre los papeles profesionales y los valores éticos de los periodistas en los veintiún países incluidos en esa investigación.

Examinemos algunos datos: el respeto a la confidencialidad de la fuente es una norma que todos aceptan en general, pero no así el uso de documentos personales; el 92.5% de los periodistas españoles, por ejemplo, consideraba la utilización de este tipo de material como una mala práctica, en comparación con el 51% de los profesionales británicos²⁰. En este país, el 65% de los periodistas pensaba que pagar a alguien a cambio de información confidencial “podría estar justificado”, en comparación con un 20% de los periodistas norteamericanos²¹. El 80% de los profesionales británicos aceptaba que estaba justificado obtener un empleo para lograr información confidencial, en comparación con el 46% de los periodistas australianos²². En España, el nivel de consenso sobre las normas éticas alcanzó el nivel más elevado frente al resto de los países, mientras que Gran Bretaña ocupó el lugar más bajo²³. La importancia de transmitir la noticia al público de manera rápida fue la labor profesional acerca de la que hubo un mayor acuerdo. Otras funciones obtuvieron distintos grados de apoyo. El 47% de los periodistas británicos consideró, por ejem-

plo, que entretener es importante, frente al 14% de sus colegas norteamericanos²⁴.

Está claro que las opiniones expresadas en encuestas no son concluyentes respecto a la conducta ética. Además, las consideraciones divergentes sobre prácticas controvertidas pueden expresar maneras genuinamente distintas de entender para qué sirve el periodismo. Las distintas restricciones nacionales sobre la libertad de información y los atolladeros legales con los que se tropiezan los periodistas al realizar su trabajo pueden tener también influencia a la hora de conformar actitudes sobre la práctica ética. En otras palabras, como afirma el propio Weaver²⁵, hace falta mucha más investigación para identificar tanto los motivos como las diferencias entre las actitudes éticas de los periodistas y la percepción de su papel.

Otro método para analizar esas actitudes éticas es prestar atención a lo que los propios periodistas dicen. Con este fin se llevaron a cabo una serie de entrevistas, seminarios y talleres que, a partir de la premisa de que los periodistas seleccionados constituían un grupo de “profesionales reflexivos”, generaron un debate más contextualizado sobre sus prácticas éticas. Este debate reveló un alto grado de consenso.

Melchor Miralles, periodista de *El Mundo* que desveló algunos de los escándalos más importantes de la política española en los años noventa, tenía muy claras las implicaciones morales de su trabajo, como nos explicó en una entrevista en el año 2000: “La información no es propiedad del periodista, (...) la información es propiedad de los ciudadanos (...). Antes que hacer uso de nuestro derecho a la libertad de expresión somos depositarios o intermediarios de un derecho que no es nuestro, que es el derecho de los ciudadanos a recibir información”. Esta forma de entender el papel del reportero significa que: “Una vez que un periodista tiene información la tiene que contar, le cueste lo que le cueste, y muchas veces conlleva muchos disgustos”. En sus reflexiones acerca de sus reportajes sobre los GAL dijo: “Habría sido mucho más sencillo, nos habríamos complicado mucho menos la existencia no haciendo nada, pero creemos en esta profesión y creemos que ésa era nuestra obligación”.

Peter Preston, director de *The Guardian* cuando destapó distintos escándalos políticos en Gran Bretaña en los años noventa²⁶, fue igual de claro sobre el imperativo moral de su trabajo: “Siempre he pensado -y esto va a sonar un poco a pío- que no solamente estamos para entretener y estimular. En la democracia tenemos un propósito serio (...). Cuando en el funcionamiento de la vida pública te encuentras con algo que sencillamente no está bien, tienes el deber de hacer todo lo que puedas para exponerlo. Pensé a este respecto que si los miembros del Parlamento podían comprarse de manera tan fácil y a esa escala, frente a asumir de manera candorosa que la vida política en Gran Bretaña era limpia y maravillosa, teníamos el deber de hacer todo lo que estuviera en nuestras manos para publicarlo. Es una manera de definir para qué estamos aquí”.

Todos los periodistas entrevistados justificaron la publicación de determinadas noticias en virtud de su “interés público”, o de la función de los medios de comunicación como guardianes de la democracia. Las entrevistas realizadas permitieron descubrir múltiples áreas comunes respecto a lo que se considera como buenas prácticas profesionales (establecer la credibilidad de las fuentes, por ejemplo; seguir todas las pistas posibles para comprobar que una información es cierta aun cuando las vías para conseguirla no fuesen agradables; la importancia de la rapidez y la precisión). Se encontró más variedad entre las opiniones sobre algunos procedimientos utilizados para obtener información. Preston, por ejemplo, criticó las grabaciones secretas que el *Sunday People* había utilizado para destapar los pecadillos sexuales de un político, algo que el director de ese periódico en aquel momento no tenía ningún problema en defender²⁷. También quedaron de manifiesto las diferencias en cuanto a los criterios de gusto. Los periodistas españoles tenían mucho menos problema que sus homólogos británicos a la hora de incluir representaciones muy gráficas de la muerte o de la violencia²⁸. En este sentido surgieron tres áreas de amplio consenso: 1) lejos de ser unos gacetilleros cínicos, todos los periodistas reconocieron un imperativo ético en su trabajo; 2) los periodistas basaron sus criterios sobre lo que ellos entendían como buena práctica profesional en principios de práctica ética; y 3) la presión del proceso periodístico -escasez de tiempo, de re-

cursos y la necesidad de ser los primeros- se incluyó como un factor necesario en la consideración de enfoques éticos en el periodismo.

Entendí esto con mucha claridad cuando un ejecutivo de *Sky News* dirigió un taller con estudiantes en mi universidad, Sheffield²⁹. Utilizó un vídeo con actores que hacían de periodistas que reaccionaban ante el desarrollo de una noticia. Después de cada escena, los grupos tenían que tomar decisiones sobre la credibilidad de las fuentes, el valor de las noticias, las cuestiones relacionadas con la intimidad, etc. Tenían minutos para hacerlo. La abstención no era una opción. Las claves de la buena acción eran el buen juicio y las “buenas intuiciones”.

Es decir, la ética en el periodismo tiene mucho que ver con la capacidad de tomar buenas decisiones rápidamente. Por eso pienso que una perspectiva basada en la ética de la virtud tiene mucho que ofrecer a la hora de comprender cómo los periodistas pueden ser éticos.

VI. ¿QUÉ ES LA ÉTICA DE LA VIRTUD?

EN TÉRMINOS AMPLIOS, ha habido tres tradiciones con una influencia especial en el análisis de la ética: la que subraya los derechos y deberes (*deontología*); la que pone el acento en las consecuencias de las acciones (*utilitarismo* o *consecuencialismo*) y la ética del carácter, o lo que ahora se denomina *ética de la virtud*. En algunos aspectos las tres tradiciones coinciden. Por ejemplo, cualquier consideración sobre la bondad o la maldad de una acción siempre tendrá en cuenta sus consecuencias y las intenciones con las que se lleva a cabo.

Aristóteles y Tomás de Aquino son las dos influencias más importantes en la tradición de la ética de la virtud. Aristóteles pregunta “¿cómo debería vivir ahora?”. Persigue un conocimiento práctico para saber cómo vivir bien, desarrollando todas aquellas capacidades que nos distinguen como seres humanos y nos permiten lograr la *eudaimonia*, la felicidad o “floreCIMIENTO”.

Su pregunta es sumamente práctica: ¿qué disposiciones debería adquirir? Estas disposiciones -virtudes- se asientan y se van con-

formando a lo largo del tiempo y de la costumbre. El cultivo de las virtudes dará como fruto un hombre o una mujer feliz. Es bien sabido que la noción de la felicidad es subjetiva y algunos consideran que consiste simplemente en el logro de placer. Pero para Aristóteles se asemeja al “tipo de felicidad que vale la pena poseer”. No es, por ejemplo, la del paciente a quien después de habersele practicado una lobotomía se conforma con estar todo el día sentado en un sillón mirando a las nubes; ni tampoco es la de los ricos y poderosos que aparentan ser felices pero que mienten y utilizan a los demás como medios y no como fines. En su *Summa Theologica*, Aquino situó el pensamiento aristotélico en un contexto cristiano, que ofrece una discusión exhaustiva y sutil sobre las virtudes.

Las virtudes son más que simples tendencias para actuar de una cierta manera. Para Aristóteles también son excelencias de carácter o “bienes que son irreducibles, plurales e intrínsecos”, valiosos por sí mismos y no limitados a un solo bien³⁰. Tal como afirma Hursthouse: “cada una de las virtudes implica acertar en la acción, puesto que cada una implica *phronesis*, o sabiduría práctica, que es la capacidad de razonar correctamente sobre cuestiones prácticas”. De todas las virtudes, la sabiduría práctica es la que siempre funciona como un término de la virtud, es decir, “siempre resalta algo que hace bueno a quien lo posee”³¹.

Son varias las características de la ética de la virtud que la dotan de un valor distintivo para la práctica ética. Entre ellas figuran el énfasis en el carácter, el juicio práctico, la experiencia, la educación de las emociones y la teleología.

1) **Carácter.** El carácter es esencial en toda consideración de buenas y malas acciones. Como ya se ha visto, las virtudes son rasgos del carácter necesarios para vivir una vida floreciente. Esto significa que precisamos de ellas para poder ser buenos seres humanos y llevar a cabo buenas acciones. El criterio para determinar la bondad de una acción es si es lo que se corresponde con lo que haría una persona de carácter virtuoso en esas circunstancias. Esto quiere decir que sólo podemos explicar lo que está bien por lo que está bien o tiene valor en la acción del agente virtuoso. El criterio para actuar bien no es, como en el utilitarianismo, la maximiza-

ción del bien. Ser injusto con el fin de maximizar el bien nunca sería aceptable según este criterio.

2) **El juicio práctico.** El juicio práctico o *phronesis* es una virtud intelectual estrechamente relacionada con la verdad, el conocimiento y la razón. Tiene que ver con la incertidumbre, la contingencia y lo desconocido. Se le ha llamado “el buen sentido (...) al servicio de la buena voluntad”³². Es la disposición que nos permite deliberar correctamente en una situación dada, no de manera general. Puede considerarse como una virtud para el presente y el futuro y, en este sentido, está vinculada con lo que Weber denominó ética de la responsabilidad (*Verantwortungsethik*) que, sin olvidar los principios, contempla las consecuencias previsibles de la acción. Es un ideal global y reglamentario que gobierna toda la acción³³. Así, por ejemplo, el periodista que atraviesa las líneas enemigas para conseguir una noticia puede, según las circunstancias (¿qué precauciones tomó?, ¿qué importancia tenía la noticia?), ser valiente en una instancia o temerario en otra. En otras palabras, no es posible ofrecer un *ranking* de prioridad de virtudes; el juicio práctico debe analizar todos los factores en juego, sopesarlos y, luego, tomar una decisión. El papel del juicio es crucial porque las circunstancias tienen importancia en la decisión sobre qué es la conducta virtuosa.

3) **La experiencia.** La ética de la virtud subraya el papel clave del juicio y su base en la experiencia. No se puede esperar que un niño tenga las virtudes de un adulto. No se puede esperar que un joven reportero, recién salido de la universidad, tenga el mismo grado de pericia que un periodista de más antigüedad. Cuando los periodistas se equivocan suele ser a causa de la falta de juicio maduro, forjado en la experiencia. Por esta razón, según la propia experiencia, a veces será necesario pedir consejos.

4) **La educación de las emociones.** Actuar de una manera virtuosa es hacerlo desde la inclinación adecuada y por el motivo correcto. Por ejemplo, un soldado bien entrenado puede actuar de manera valiente, motivado por el temor a los mandos superiores, pero una persona realmente virtuosa realiza las acciones basadas en un juicio verdadero y racional y porque quiere hacerlo. El relato aristotélico permite que las emociones sean moralmente sig-

nificantes. Esto implica, como lo expresa Hursthouse, que los vicios y las virtudes no sólo son disposiciones para actuar, sino también para sentir las emociones como reacciones y como impulsos para la acción³⁴. Así, ante una persona que sufre (por la muerte de su hijo, por ejemplo), trataremos de aliviarla pasando tiempo con ella. Sin embargo, “el consuelo y el alivio que podemos ofrecer (...) surgen únicamente de nuestras reacciones emocionales. Si no podemos producir las correctas, fallamos y se trata de un fallo moral”³⁵. En una persona virtuosa las emociones y las acciones se encuentran en armonía.

Esta perspectiva sobre el significado moral de las emociones subraya la importancia de la educación de los sentimientos. En parte, la educación moral es la educación de las emociones. La filósofa Hursthouse pone el racismo como ejemplo paradigmático en el que todas las emociones se han corrompido por una mala formación de los sentimientos³⁶. El racista siente miedo, odio, repugnancia. Nada de esto es natural. Hay que haber aprendido a sentir así.

El papel de los sentimientos apunta a una conclusión: conocer las reglas de la conducta ética no es suficiente. En 2001, una periodista inglesa fue censurada por acoso a los padres de una niña que se había ahorcado. La periodista no violó ninguna ley, pero mostró una falta de sensibilidad que le hacía portarse de una manera poco ética³⁷.

5) **La ética teleológica.** La ética de la virtud no impone unas reglas para la acción, como es el caso de otros enfoques éticos. No existen normas de utilidad o imperativos categóricos. No obstante, sí hay una dimensión teleológica de la ética de la virtud: las virtudes son para algo y, al analizar lo que esto puede significar para el periodista, es posible tener razonablemente claro lo que se debe o no se debe hacer. Desde la ética de la virtud, cada decisión que tomamos es también una decisión sobre quiénes queremos ser. Al actuar no sólo hacemos algo, sino que también conformamos nuestro propio carácter. A la pregunta “¿qué debería hacer?” corresponde la respuesta ser leal, veraz, etc.

Se pueden apuntar dos críticas a la ética de la virtud. En primer lugar, se podría plantear que es similar a una nebulosa tercera vía

ética que pretende tenerlo todo y en la que no se aplican los absolutos. Ciertamente es verdad que no se establecen normas para la acción; es cierto que no existen reglas de utilidad ni imperativos categóricos, como en el caso de otros enfoques éticos. No obstante, como se verá a continuación, se puede dar una precisión considerable.

En segundo lugar, se dice que la ética de la virtud no presta atención a las consecuencias. Esto no es verdad. No se trata de que la persona virtuosa se quede sólo en el plano de los motivos y las disposiciones, sino que también es necesario lograr en la acción lo que la virtud indica, aunque es cierto que la ética de la virtud no establece como criterio de acción correcta sus consecuencias.

VII. ACTUAR BIEN

LAS OCASIONES ORDINARIAS de nuestra vida laboral generalmente requieren la práctica ética. En ellas, a la pregunta sobre cómo hay que actuar se contesta diciendo que de la misma manera que una persona virtuosa³⁸. No obstante, puede haber ocasiones, cuando surgen casos difíciles o en lo que los filósofos describen como “dilemas irresolubles”, en las que no exista una base moral para elegir una acción en lugar de otra porque las dos son igualmente malas. Un caso difícil puede ser, por ejemplo, la presión que un juez ejerce sobre un periodista para que revele sus fuentes en un proceso contra un terrorista. ¿Qué debería hacer el periodista? ¿Puede orientarnos la ética de la virtud cuando nos enfrentamos con problemas de esta índole?

En cierto modo no puede hacerlo porque no ofrece un procedimiento para la toma de decisiones. Sería preciso hacerse la pregunta: ¿qué es ser justo, honesto y leal en estas circunstancias? Más aún, ello exigiría la aplicación del juicio práctico para calibrar la jerarquía de bienes gobernados por cada una de esas virtudes. Con toda probabilidad tendríamos que pedir consejo sobre cuál sería la mejor vía de acción. Si todas estas circunstancias fuesen aplicables, podríamos decir que actuaríamos de manera virtuosa sin prescribir que una u otra acción fuese necesariamente la apropiada.

¿Y qué decir de las situaciones en las que es aparentemente necesario hacer algo malo para evitar un mal peor? (Mentir, por ejemplo, para informar sobre un político corrupto). Puede ser que no tengamos suficiente sabiduría para encontrar una solución mejor. Si acudimos a la mentira con demasiada facilidad, si pensamos que no nos queda otra opción, es probable que tengamos poca virtud³⁹.

Afortunadamente, los casos realmente difíciles son poco comunes en la vida del periodista. Sin embargo, son las pruebas de fuego del comportamiento virtuoso, en las que una persona estaría dispuesta a perder su vida antes que a cometer un acto malo.

VIII. ¿POR QUÉ ACTUAR VIRTUOSAMENTE?

EL EJEMPLO DE SI SERÍA PREFERIBLE perder la vida antes que cometer una acción mala plantea la pregunta de “¿por qué actuar virtuosamente?”. Probablemente es el hueso más difícil de roer de todas las cuestiones éticas. ¿Por qué debería ser bueno? ¿Por qué debería actuar de manera correcta cuando podría perder mi empleo, mi vida? Existen varias respuestas posibles. Una es decir que ser virtuoso beneficia a la persona. Si soy veraz, si trabajo mucho, si intento ser leal y generoso, seré un miembro querido y respetado de la comunidad. La virtud trae su propia recompensa. Representa la guía más fiable para vivir una vida feliz y realizada. R.M. Hare⁴⁰ argumenta que los beneficios de la virtud pueden formularse como afirmaciones empíricas sobre lo que funciona bien, ofreciendo razones de índole no moral para ser virtuoso. Sin embargo, Hursthouse argumenta que no tiene sentido justificar la moralidad desde fuera, “apelando a razones ‘no morales’ o buscando un punto de vista neutral que pueda ser compartido por quienes son medianamente virtuosos o malos”⁴¹. En cierto sentido, sólo quienes tienen un mínimo de virtud pueden entender su recompensa.

Sin embargo, aunque podamos aceptar que las virtudes benefician a la persona que las posee, podría objetarse que éste no es siempre el caso. ¿Qué pasa cuando tenemos el valor de expresar nuestro desacuerdo con el director de un periódico sobre una noticia y, como consecuencia, perdemos nuestro trabajo? Una

420

respuesta es argumentar que para la persona virtuosa cualquier pérdida ocasionada por el ejercicio de la virtud no es una pérdida. Pero claramente esto no es verdad. Sin embargo, si consideramos la relación entre la virtud y el logro de una felicidad que vale la pena poseer podríamos ver que actuar bien, aún cuando parece perjudicarnos, merece el esfuerzo. Actuar mal puede aportar un cierto tipo de satisfacción, pero no el tipo de felicidad que desean quienes intentan ser buenos, generosos y leales.

IX. LA ÉTICA DE LA VIRTUD Y EL PERIODISMO

CÓMO SE PUEDE VINCULAR esta explicación de la ética de la virtud a la práctica profesional? Los códigos profesionales pueden considerarse como defensores de las expectativas sobre el carácter de un buen profesional o de un buen miembro del gremio, pero no bastan para asegurar que sabremos qué hacer cuando surjan situaciones difíciles. No obstante, la noción de metas profesionales o vocacionales que actúan como un ideal regulador combina bien con el enfoque teleológico de la ética de la virtud. Nos permite empezar a delinear qué es el periodismo bueno.

Las virtudes sirven para algo. De modo similar, los papeles vocacionales o profesionales se consideran buenos si contribuyen a un bien humano; actuar bien se juzgará de acuerdo con el modo a través del que se consiguen las metas en esa profesión. Se plantea, por tanto, que el bien humano sustantivo para el médico es la salud y, para el abogado, la justicia⁴².

Sin entrar en la polémica sobre el estatus profesional del periodismo, se puede argumentar que el contenido de los ideales reguladores de un buen periodista vendrá determinado por un modelo de lo que es hacer buen periodismo. Hay límites a lo que un médico puede hacer y seguir siendo médico. Si hacer dinero se convierte en el ideal rector de un periodista, podemos decir que es bueno en otra cosa⁴³ pero no que es un buen periodista. A continuación examinaré en qué consiste el buen periodismo.

X. EL BUEN PERIODISMO

LOS ATAQUES TERRORISTAS de Nueva York y Washington del 11 septiembre de 2001 horrorizaron al mundo. Éste fue uno de los acontecimientos periodísticos más trascendentales desde la Segunda Guerra Mundial. Al día siguiente los diez periódicos nacionales británicos vendieron 15 millones de ejemplares, 2.5 millones más de lo normal. En muchos lugares fue imposible conseguir un periódico después del mediodía.

Una semana más tarde, al analizar la actuación de la prensa, un comentarista de *The Guardian* escribió: “El periodismo cumplía como es debido con su función, contándonos cómo era vivir y morir el día en que Nueva York ardió”⁴⁴. En el mismo contexto, el director de *The Times*, Peter Stothard, afirmó: “A menudo se critica a los periodistas, pero pueden sentirse muy satisfechos de haber contado la noticia tan bien y con tanta sensibilidad”.

El análisis de *The Guardian* sobre cómo se informó sobre los acontecimientos terribles de aquel día de septiembre recogió las opiniones de la mayoría de los directores de los periódicos nacionales. El consenso fue que los periodistas y directores habían realizado bien su trabajo al garantizar una cobertura precisa, profunda, rápida y con sensibilidad. El nivel del periodismo basado en estos criterios había sido no solamente bueno sino excelente. A mi juicio, estos criterios pueden servir para establecer una línea de base que determine qué es el buen periodismo desde un punto de vista ético.

El periodismo virtuoso es a la vez el periodismo del virtuosismo. Ser bueno también consiste en saber *cómo* ser bueno. No se puede ser un buen reportero si se es incompetente. Como indica Meyer, lograr el periodismo competente -informar con exactitud, por ejemplo- es el primer paso necesario para que sea ético⁴⁴. Si no se puede confiar en lo que se lee o en lo que se ve, ¿cómo puede ser “bueno” el periodismo? El periodismo ético comienza con un periodismo competente.

Una cuestión inherente a la discusión acerca del buen periodismo es la pregunta: ¿para qué sirve el periodismo? Tal vez ésta sea el área en la que existen mayores diferencias de opinión. Hay

tradiciones periodísticas distintas: el periodismo local y nacional; el periodismo de los tabloides y la prensa de gran formato; el periodismo occidental y desarrollado; el periodismo objetivo y pacifista. Los reporteros de estas tradiciones responderán a la pregunta anterior de distintas maneras: que el periodismo sirve para fomentar el desarrollo nacional; para escudriñar a los poderosos; para hacer una aportación a la paz; para revelar los vicios y las virtudes de los ricos y famosos o para dar al público lo que pide. Podría sostenerse entonces que el buen periodismo consiste en lograr con éxito las metas de la tradición particular en la que trabajamos.

A mi juicio, este planteamiento es equivocado. Hay algunas tradiciones periodísticas que fomentan sin miramientos el mal periodismo, o el anti-periodismo, porque consienten la mentira, la distorsión, el *voyeurismo*, la promoción de prejuicios u odios, etc. Entonces, o dejan de ser periodismo o dejan de ser buenas. Para que el periodismo sea bueno tiene que tener buenos propósitos. Éstos podrían ser los siguientes:

- La provisión de información.
- Examinar y velar por lo que hacen por los poderosos.
- Ofrecerse como portavoz para todos los sectores de la sociedad.
- Revelar la injusticia.

En el prólogo a su libro *The Universal Journalist*, que lleva un título un tanto atrevido, el ex-vice director del *Observer* expone su credo: “Si escribes y lees suficientes noticias, terminarás dándote cuenta de que sólo existen dos tipos de periodismo: el bueno y el malo. El malo lo practican quienes se apresuran más rápidamente a juzgar que a averiguar; quienes buscan su propia satisfacción antes que la del lector; quienes escriben entre líneas en vez de encima de ellas; quienes redactan con los términos muertos de la fórmula, el estereotipo y los tópicos; quienes consideran la exactitud como algo añadido y la exageración como una herramienta y prefieren la vaguedad a la precisión, los comentarios a la información y el cinicismo a los ideales. El buen periodismo es inteligente, entretiene, informa de manera fiable, está correctamente

contextualizado, es honesto en la intención y en el efecto, se expresa en un lenguaje fresco y no sirve a ninguna otra causa que a la verdad perceptible, sea la cultura que sea, sea la lengua que sea, sean las circunstancias que sean. Este periodismo puede aparecer en cualquier publicación puesto que, en todos los sentidos de la palabra, es universal⁴⁶.

Quizás no todos estemos de acuerdo con todas y cada una de las especificaciones de Randall sobre el periodismo bueno y el periodismo malo pero, ¿podemos aceptar su tesis subyacente? ¿Podemos estar de acuerdo en que hay valores universales que nos permiten hablar de periodismo bueno y de periodismo malo en términos globales?

Quienes proponen el relativismo ético, quienes sostienen que los juicios éticos están completamente determinados por la cultura y que son siempre relativos, en función del tiempo y el espacio, rechazarán la noción de cualquier tipo de estándar universal. También hay otros, entre los cuales me encuentro yo, que creemos que nuestra propia supervivencia depende de que descubramos al menos algunos valores compartidos globalmente.

De hecho, buena parte del pensamiento moderno y postmoderno sobre la ética no renuncia a la aspiración a la universalidad. El filósofo alemán Jürgen Habermas aboga por la ética del discurso, abrazando un punto de vista universalista que se apoya en los supuestos de que los seres humanos son capaces de negociar normas vinculantes y de que son seres humanos racionales y emancipados. Aunque las feministas ofrecen un análisis crítico de los modelos universalistas del pensamiento ético, que pasan por alto la diferencia de la mujer, este planteamiento aspira a ser aplicado a todas las mujeres y se utiliza para promover una ética universal del cuidado.

La postura del sociólogo británico Nick Stevenson sobre estos proyectos éticos nos remite al trabajo de Zygmunt Bauman, quien ha escrito sobre la posibilidad de una “moralidad sin ética”⁴⁷. Este autor aboga por una ética postmoderna en la que se reconozca que el individuo es quien debe ser moral al hacerse dueño de sus acciones porque: “Ser una persona moral significa que yo *soy* el guarda de mi hermano”⁴⁸. Stevenson⁴⁹ piensa que este planteamiento pone

demasiado énfasis en el individuo; éste es “el peor tipo de moralismo” porque no conecta con la comunidad. Sin embargo, la filósofa Warnock da una respuesta sencilla y quizá obvia: “En la medida en que (los niños) van viendo de forma cada vez más clara las implicaciones de ser humanos, querrán, como quizás lo hubiese expresado Aristóteles, ser buenos especímenes de la humanidad. En términos éticos, querrán ser buenos. Sin este privado deseo subyacente, no se puede confiar en que aspiren a lo éticamente mejor en la esfera pública. La moralidad que se encuentra detrás de todos los esfuerzos para mejorar las cosas en el mundo, para defender los derechos humanos, para aprobar leyes que sean aceptadas por casi todos, para buscar la paz y la justicia, es la que establece estándares en lo privado y la que está detrás de la búsqueda de los ideales privados”⁵⁰.

Esta consideración no presta suficiente atención al hecho de que estamos conformados por las comunidades en las que vivimos. Nuestros conceptos, experiencias, sentimientos, la lengua que hablamos están condicionadas por el hecho de vivir en sociedad. En efecto, solamente se puede aprender la buena conducta a través de la interacción con los demás.

Pero volvamos a mi pregunta inicial, que planteaba si podemos estar de acuerdo en que existen estándares universales respecto al periodismo bueno y al periodismo malo. No se puede ignorar que el periodismo es una práctica establecida culturalmente, que ha ido desarrollándose en las circunstancias históricas particulares de cada país: el periodismo chino es muy diferente del norteamericano; los periódicos británicos de gran formato son completamente distintos a los eruditos periódicos alemanes. A pesar de esta variedad, todavía podemos encontrar valores que todo el periodismo bueno debería compartir; el más importante de ellos es el compromiso con la verdad. Para decirlo de manera sencilla, los novelistas inventan, los periodistas no deberían hacerlo.

XI. LOS BUENOS PERIODISTAS

COMPRENDER LOS BIENES SUSTANTIVOS del periodismo nos lleva de nuevo a los temas relacionados con la ética de la virtud y a lo que se puede entender por un buen periodista.

De nuevo el carácter. Informar sobre los ataques terroristas que tuvieron lugar en los Estados Unidos exigía trabajar de manera sumamente dura: la determinación, el sentido de la noticia, la fascinación por todos los aspectos de la noticia (la curiosidad), la atención al detalle, el sentido de urgencia, la imaginación y la sensibilidad. También exigía la conciencia de que los medios de comunicación estaban realizando un servicio público a los ciudadanos británicos. Sin estas cualidades -virtudes- la cobertura habría podido ser sensiblera, descuidada o xenófoba. El hecho de que en gran medida no fuese así acredita la responsabilidad y el buen juicio de los editores y reporteros⁵¹. Si estas cualidades se ejercitan de manera habitual se convierten en virtudes y sirven para producir un periodismo de alto nivel.

El carácter es clave para el buen periodismo. Según el periodista David Randall, casi cualquier persona inteligente puede, con suficiente esfuerzo, ser un reportero *competente*. Para ser *buen* reportero “tienes que tener verdadero talento e instinto para la investigación, para escribir o para ambas cosas. Y debes tener el carácter apropiado, porque si hay algo que separa al reportero extraordinario del corriente es esto”⁵².

Hacer lo correcto está en función de quiénes somos. Si un director se ha mostrado decidido y responsable en las situaciones diarias, no será una mera coincidencia que tome la decisión correcta sobre qué imágenes debe transmitir después de un grave accidente. En la mayor parte de las ocasiones, los reporteros y los directores no tienen que enfrentarse a elecciones morales de gran complejidad; cuando sucede será su conducta habitual -si son valientes, insensatos, sensibles o poco compasivos- lo que marque las decisiones que tomen. Esta opinión se ve reflejada en el comentario de un reportero norteamericano al que pidieron su opinión sobre la ética y el periodismo: “Los escasos periodistas poco éticos que he conocido en mi vida son personas sumamente defectuosas. No es que no sigan ningún código, es que no les interesan los códigos. Fueron educados de manera poco satisfactoria y han hecho cosas deshonestas”⁵³. Esto podría parecer poco esperanzador, pero no lo es necesariamente. Los códigos y las leyes pueden ser eficaces para crear un clima de opinión y para actuar como efectivos mecanismos de control que aseguren que personas

con un carácter defectuoso sean profesionalmente inaceptables. El buen carácter también puede fomentarse con distintas medidas que se explicarán al final de este trabajo. Además, siempre existe la llama temblorosa de la conciencia.

La conciencia. La conciencia puede considerarse como la capacidad y el sentido que tienen todos los seres humanos para saber qué está bien y qué está mal. Cuando actuamos bien estamos en paz y cuando actuamos mal nos acosa un sentimiento de inquietud o incluso un terrible remordimiento.

En apariencia esto es sencillo, pero ciertamente no lo es. Cuando la conciencia de un hombre le dicta que está bien convertirse en una bomba suicida o pagar sueldos de hambre, bien podemos preguntarnos de qué vale la conciencia. Éstas son situaciones que pueden describirse como “conciencias que se equivocan” y, en esas circunstancias, las personas implicadas nunca podrán actuar bien.

No obstante, la situación en la que nos encontramos totalmente seguros de que un determinado camino de acción, que parece ir a contrapelo de lo que es la buena conducta, es el correcto es, afortunadamente, poco común. Normalmente, en circunstancias difíciles no estamos seguros de cómo proceder. ¿Debería el director de un periódico local publicar una noticia y una fotografía sobre un pederasta, declarado culpable, que ha estado en las proximidades de un colegio? Éste fue el dilema al que tuvo que enfrentarse el subdirector del *Nottingham Evening Post*⁵⁴. ¿Debería un periodista traicionar a una fuente para ayudar a condenar a un terrorista? ¿Qué debería hacer un buen periodista?

Según el periodista de la *BBC* John Simpson: “Todo lo que puedes hacer es asegurar que tu conciencia sea tan clara como pueda ser en una profesión llena de transigencias e incertidumbres”⁵⁵. La única manera de que sea así es con la reflexión sincera y pidiendo consejo a los que son más sabios y tienen más experiencia que nosotros. En palabras del director general de la revista *Time*, Walter Isaacson: “Al final serás juzgado sobre si lo hiciste bien y no sólo sobre si fuiste el primero en conseguirlo”⁵⁶.

Así pues, la conciencia también está relacionada con el juicio práctico, con la prudencia. Hasta quienes tienen un carácter “de-

fectuoso” tendrán nociones del bien y del mal. La cuestión es encontrar los modos de enseñarles que ser un buen periodista en todos los sentidos redundante también en interés propio.

XII. FOMENTAR AL BUEN PERIODISTA

POR ÚLTIMO, consideraré cómo se puede fomentar el buen periodismo y cuáles son las razones por las que merece la pena ser un buen periodista⁵⁷.

Se pueden enseñar ciertas cualidades y se puede formar a los reporteros en las habilidades técnicas necesarias para su trabajo. Pero, ¿cómo se pueden adquirir la curiosidad, el entusiasmo, la determinación y la sabiduría? A continuación propongo algunas sugerencias sencillas, tal vez obvias.

1) **Prepararse para el trabajo.** Tradicionalmente, y con razón, los programas de periodismo se han centrado en la formación en los conocimientos y las técnicas esenciales, además de en el cultivo de las actitudes correctas. Cualquier reflexión sobre la ética se ha visto en gran medida limitada al estudio de los códigos imperantes en la industria. Cada vez más, los programas de periodismo empiezan a interesarse por la ética como una asignatura distinta. Es una grata novedad, pero quizá no es la mejor manera de fomentar las virtudes periodísticas. Asimismo, de alguna manera ello puede alentar la impresión de que la ética se encuentra lejana de la práctica, de la “vida real”. Tres estrategias pueden servir para evitarlo y para contribuir al cultivo de las virtudes periodísticas:

- a) **Historias y modelos a imitar.** Algunos reporteros alcanzan una fama legendaria, no siempre por los mejores motivos. Al escribir sobre los Estados Unidos, Goodwin reconoce que existen muchos buenos modelos a imitar en las salas de redacción, pero “también que hay muchos malos modelos, y que el folclore de este país enseña tanto prácticas poco éticas como éticas”⁵⁸. Esto es verdad. Sin embargo, también lo es que hay mucho que celebrar en la historia del periodismo y que en Gran Bretaña ésta es un área olvidada en gran medida en la educación periodística.

La historia puede inspirar y educar: la valentía de una corresponsal de guerra como Martha Gelhorn o la integridad de un Melchor Miralles transmiten los valores del periodismo con más fuerza que cualquier teoría sobre el derecho a la información.

- b) **El estudio de casos.** Una de las maneras más eficaces de considerar detenidamente los dilemas éticos -nuestros motivos, deseos, actitudes y respuestas a ellos- es enfrentarse, en la medida de lo posible, a los problemas concretos que los periodistas tienen que afrontar en el ejercicio de su profesión. En la actualidad, existe abundante información que puede ser materia prima para el estudio de casos que sirvan a los educadores del periodismo.
- c) **La integración de la ética.** La ética no es una asignatura optativa en el trabajo periodístico: integra todo lo que hace. Los programas que subrayan esta verdad, que no presentan la ética como un conjunto de ideales irrealizables, comunican el mensaje de que la buena práctica es la práctica ética. Es decir, como escribió el filósofo Ludwig Wittgenstein, de alguna forma es cierto que no se puede enseñar la ética.

2) **En el trabajo.** Los periodistas tienen escaso tiempo para la reflexión. Si de hecho llegan a reflexionar suele ser después de haber tomado la decisión. No obstante, tienen dos potentes fuentes de sabiduría moral en la mano: la experiencia y sus compañeros.

- a) **El ejemplo de los compañeros.** El ejemplo es uno de los modos más convincentes para aprender. En palabras del filósofo Oakeshott: “No adquirimos hábitos de conducta al construir un modo de vivir basado en normas o preceptos aprendidos de memoria y luego puestos en práctica, sino al vivir con personas que se comportan habitualmente de cierta manera: adquirimos hábitos de conducta de la misma forma que adquirimos nuestra lengua materna⁵⁹.”

Los reporteros aprenden en la sala de redacción; si el cinicismo es el ánimo ético predominante, es difícil que la gente se sienta motivada por lo que hace. Afortunadamente, muchas veces el cinicismo no es más que una máscara adoptada por muchos reporteros para disfrazar el verdadero entusiasmo

y pasión que sienten por su trabajo. Los periodistas a quienes les importa la verdad, que son decididos y buscan la precisión, son los mejores maestros de ética que uno pueda encontrar.

- b) **La experiencia.** Una de las percepciones más importantes de Aristóteles es que “el conocimiento moral, a diferencia del conocimiento matemático, no puede adquirirse simplemente asistiendo a conferencias, y no se encuentra de modo habitual entre personas que no tienen mucha experiencia de la vida por ser demasiado jóvenes”⁶⁰. Los conocimientos adquiridos en libros de texto sirven de muy poco para tomar decisiones en casos difíciles y, a veces, es mejor valorar nuestras propias vivencias y buscar los consejos de quienes son más sabios y tienen más experiencia que nosotros. La experiencia de haber acertado o haberse equivocado es una fuente de sabiduría moral que los buenos periodistas se complacen en compartir con los demás.

XIII. ¿POR QUÉ SER UN BUEN PERIODISTA?

PARA CONCLUIR, consideraré por qué vale la pena ser un buen periodista y, en definitiva, ser bueno. La pregunta ha inquietado a los filósofos desde Platón hasta la actualidad. En *La República* de Platón, Trasímaco defiende que la moralidad es simplemente el interés de los poderosos. Nietzsche volvió a formular este punto de vista, al tratar de socavar los fundamentos de la moralidad y abogar por la búsqueda de la excelencia, entendida como la voluntad individual por el poder.

La ética de la virtud ofrece una respuesta distinta. Afirma que, al ser buenos, al actuar correctamente, lo hacemos de manera racional. Al tratar de ser personas leales, trabajadoras, sencillas, veraces y valientes, los seres humanos florecen como tales. Y si esto es así, tenemos razones para ser buenas personas⁶¹. Como lo expresa Philippa Foot: “Si el escéptico no logra rebatirnos, pero continúa afirmando que no se le ha demostrado que existen razones para actuar como lo haría una persona buena, no está muy claro lo que persigue. Pedir razones para actuar racionalmente es pedir las cuando, a priori, las razones resultan inútiles. Y, si sigue

empeñado en decir ‘pero ¿por qué *debería*?’ cabría preguntarse por el significado de este ‘debería’⁶².

Si en el periodismo se mantiene un estándar de excelencia, relacionado con las nociones de competencia y con los objetivos profesionales, es posible defender las razones por las que el hecho de ser veraz y valiente, de tratar a los demás con respeto, de cumplir promesas, de preocuparse por la injusticia, de pedir consejos, de no apresurarse a emitir juicios y sin embargo ser decidido, son cualidades que el periodista debería cultivar. Sencillamente, sin ellas, no se puede ser un buen periodista.

Con toda probabilidad, la mala persona o el mal periodista no *quieren* ser buenos. Seguramente todos hemos tenido la experiencia de no haber realizado algo que deberíamos haber hecho -y de rechazar toda justificación por ello- porque sencillamente no *queríamos* hacerlo. Un reportero cuyo deseo imperioso es hacer dinero no *quiere* ver las razones por las que ser veraz es una parte integral del buen periodismo; en estas circunstancias, es imposible convencer a una persona de las razones por las que debería ser buena.

Existe otra razón aún más profunda por la que merece la pena intentar hacer bien lo que hacemos y el bien a través de lo que hacemos. Dicho de manera sencilla, eso nos hará felices. Desde el punto de vista de Aristóteles, la felicidad consiste en la realización de la persona, *eudaimonía*. Scruton afirma que “una gran parte de nuestra confusión moral procede del hecho que ya no sabemos qué es la felicidad ni cómo obtenerla”⁶³. Para ser felices tenemos que aprobarnos a nosotros mismos, encontrar en nosotros las cualidades que hallamos en otros y que suscitan nuestra admiración. De lo contrario, nos sentiremos verdaderamente desgraciados. Tenemos que ser buenos y, para ser buenos, nos hacen falta las virtudes.

Considerar la relación entre la virtud y la felicidad desde la perspectiva de una tercera persona -por ejemplo, cómo querríamos educar a nuestros hijos- puede servir para aclarar el vínculo con esa persona. ¿Por qué los buenos padres desean educar a sus hijos para que sepan controlar sus instintos egoístas y violentos? La respuesta es que si tratamos de ser buenos padres lo hacemos

por nuestros hijos, porque queremos que sean felices. Lo correcto es elegir lo que escogería una persona virtuosa, que actúa bien y lo hace con alegría.

Podría objetarse que ser virtuoso puede exigir el sacrificio de la felicidad. Los bomberos que corrieron a salvar la vida de las víctimas del *World Trade Center* sabían que arriesgaban las suyas y su felicidad como padres, hijos y esposos. Los que sobrevivieron dijeron que solamente hacían su trabajo. Pero era un trabajo que les pedía ser heroicamente virtuosos. ¿Cómo puede ser la virtud que termina en muerte compatible con la felicidad? La respuesta se encuentra en pensar en qué tipo de felicidad tendríamos si diésemos la espalda a los demás. Podríamos encontrar una suerte de felicidad atravesada por los remordimientos. De esta manera, como escribe Foot, es posible entender que alguien que sacrifica su vida por el bien de la justicia “no dijera que sacrificaba su felicidad, sino más bien que la vida feliz ya no era posible para él”⁶⁴.

Afortunadamente, rara vez tienen lugar circunstancias tan extremas en la vida de la mayoría de las personas.

REFERENCIAS

Entrevistas

Periodistas españoles

Manuel Cerdán, 24 de junio 1998

Isabel Durán, 20 de junio 2001

Fernando Garea, 26 de junio 1998

José Díaz Herrera, 20 de junio 2001

José María Irujo, 18 de junio 2001

Melchor Miralles, 16 de enero 2000

Antonio Rubio, 24 de junio 1998

Periodistas británicos

Adam Boulton, 27 de abril 1997

Bill Hagerty, 1 de julio 2000

- David Hencke, 23 de enero 2001
 Nicholas Jones, 13 de marzo 1998
 David Leigh, 22 de marzo 1999
 Richard Norton-Taylor, 30 de junio 2000
 Peter Preston, 14 de junio 2000
 Lance Price, 20 de febrero 1998
 Mark Skipworth, 16 de marzo 1999

BIBLIOGRAFÍA

- Aznar, H. (1999), *Comunicación responsable*, Ariel, Barcelona.
- Bailey, Ric (2002), "The Eleven September, 'Questiontime' Program", Seminario del Departamento de Periodismo, Universidad de Sheffield, Sheffield.
- Baumann, Zygmunt (1993), *Postmodern Ethics*, Blackwell, Oxford.
- Belsey, Andrew y Chadwick, Ruth (eds.) (1992), *Ethical Issues in Journalism*, Routledge, London.
- Benavides Delgado, Juan y Fernández Blanco, Elena (eds.) (2001), *Valores y medios de comunicación*, II Foro Universitario de Investigación en Comunicación, Madrid.
- Canel, María José y Piqué, Antoni (1998), "Journalists for Emerging Democracies. The Case of Spain", en Weaver, David (ed.) (1998), *The Global Journalist: News People Around the World*, Hampton Press, Cresskill, NJ, pp. 299-319.
- Canel, María José; Sánchez Aranda, José Javier y Rodríguez Andrés, Roberto (2000), *Opiniones y actitudes. Periodistas al descubierto. Retrato de los profesionales de la información*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- Chippindale, Peter y Horrie, Chris (1999), *Stick It Up Your Punter! The Uncut Story of the Sun Newspaper*, Pocket Books, Londres.

- Christians, Clifford G. (1995), "Review Essay: Current Trends in Media Ethics", *European Journal of Communication*, vol. 10, n° 4, pp. 545-558.
- Clark, Alan (1999), "Why I Hold Journalists in Low Regard", en Glover, Stephen (ed.) *Secrets of the Press. Journalists on Journalism*, Allen Lane, Londres, pp. 281-288.
- Comte-Sponville, André (2002), *A Short Treatise on the Great Virtues*, William Heinemann, Londres.
- European Commission (2001), *Eurobarometer*, n° 55, Bruselas.
- Facultad de Comunicación (2001), *La Ética en las profesiones de la comunicación*, Universidad de Navarra, Pamplona.
- Foot, Philippa (2001), *Natural Goodness*, Oxford University Press, Oxford.
- Franklin, Bob (1997), *Newszak and New Media*, Arnold, Londres.
- Frost, Chris (2000), *Media Ethics and Self-Regulation*, Longman, Londres.
- Glover, Stephen (ed.) (1999), *Secrets of the Press. Journalists on Journalism*, Allen Lane, Londres.
- Goodwin, Eugene H. (1987), *Groping for Ethics in Journalism*, Iowa State University Press, Ames.
- Greenslade, Roy (2001), "Pure Journalism", *The Guardian*, 17 de septiembre.
- Harcup, Tony (2002), "Journalists and Ethics: the Quest for a Collective Voice", *Journalism Studies*, vol. 3, n° 1, pp. 101-114.
- Hare, R.M. (1981), *Moral Thinking*, Oxford University Press, Oxford.
- Henningham, John y Delano, Anthony (1998), "British Journalists", en Weaver, David (ed.) (1998), *The Global Journalist: News People Around the World*, Hampton Press, Cresskill, NJ, pp. 143-160.
- Hursthouse, Rosalind (1999), *On Virtue Ethics*, Oxford University Press, Oxford.

- <http://www.mori.com/polls/1998/harris.shtml>
- <http://www.mori.com/polls/2000/bma2000.shtml>
- Isaacson, Walter (1998), *Columbia Journalism Review*, marzo-abril.
- Keeble, Richard (2001), *Ethics for Journalists*, Routledge, Londres.
- Kieran, Matthew (1997), *Media Ethics. A Philosophical Approach*, Praeger, Westport y Londres.
- Kieran, Matthew (ed.) (1998), *Media Ethics*, Routledge, Londres.
- Klaidman, Stephen y Beauchamp, Tom L. (1987), *The Virtuous Journalist*, Oxford University Press, Nueva York y Oxford.
- MacIntyre, Alasdair (1997), *After Virtue. A Study in Moral Theory*, Duckworth, Londres.
- MacIntyre, Alasdair (1999), *Dependent Rational Animals. Why Human Beings Need the Virtues*, Duckworth, Londres.
- McQuail, Dennis (2000), *McQuail's Mass Communication Theory*, Sage, Londres.
- Media Society/Institute for Global Ethics (2002), *Workshop on Responsibility in the Media*, St George's House, Windsor Castle.
- Meyer, Philip (1991), *Ethical Journalism*, University Press of America, Lanham, Maryland, y Londres.
- Oakley, Justin y Cocking, Dean (2001), *Virtue Ethics and Professional Roles*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Oakeshott, Michael (1991), *Rationalism in Politics and Other Essays*, Liberty Press, Indianapolis.
- Press Complaints Commission (2001), *Informe n° 53*, Londres.
- Randall, David (2000), *The Universal Journalist*, Pluto, Londres.
- Ryley, J. (2000), "Dead Belgians Don't Count", Seminario del Departamento de Periodismo, Universidad de Sheffield, Sheffield.
- Sanders, Karen (2003), *Ethics and Journalism*, Sage, Londres.

- Scruton, Roger (1998), "Pleasure Be Damned: to Be Happy, Be Good", *The Sunday Times*, 6 de diciembre.
- Simpson, John (2000), *A Mad World, My Masters. Tales from a Traveller's Life*, Macmillan, Londres.
- Slote, Michael (1992), *From Morality to Virtue*, Oxford University Press, Nueva York.
- Snoddy, Raymond (1992), *The Good, the Bad and the Unacceptable. The Hard News about the British Press*, Faber and Faber, Londres.
- Soria, Carlos (1997), *El laberinto informativo: una salida ética*, Eunsa, Pamplona.
- Starck, Kenneth (2001), "What's Right/Wrong with Journalism Ethics Research", *Journalism Studies*, vol. 2, nº 1, pp. 133-152.
- Stevenson, Nick (1999), *The Transformation of the Media: Globalisation, Morality, and Ethics*, Longman, Londres.
- Trelford, Donald (1998), "Editing *The Observer*", Seminario del Departamento de Periodismo, Universidad de Sheffield, Sheffield.
- Warnock, Mary (2001), *An Intelligent Person's Guide to Ethics*, Duckbacks, Londres.
- Weaver, David (ed.) (1998), *The Global Journalist: News People Around the World*, Hampton Press, Cresskill, NJ.
- Williams, Bernard (1995), *Ethics and the Limits of Philosophy*, Cambridge University Press, Cambridge.

NOTAS

- 1 McQuail, D. (2000) sirve como una guía inestimable en estas áreas.
- 2 Hay muchísima investigación norteamericana en el área de la ética de los medios de información. Los pioneros británicos son Belsey, A. y Chadwick, R. (1992), Kieran, M. (1997) y (1998), Frost, C. (2000) y Keeble, R. (2001).
- 3 Starck, K. (2001), p. 144.
- 4 Klaidman, S. y Beauchamp, T.L. (1987) inicia un análisis de este planteamiento en el contexto norteamericano.

5 El análisis de los principales planteamientos de la ética del periodismo en las prácticas periodísticas se basó en varias evidencias. En primer lugar, se analizaron los datos actitudinales de una encuesta sobre periodistas de 21 países realizada por Weaver, D. (1998), con un enfoque especial en el Reino Unido y España. En el caso de este último país, esos datos se vieron reforzados con la investigación de Canel, M.J. Sánchez, J.J. y Rodríguez, R. (2000). En segundo lugar, se recurrió a la información recopilada en 15 entrevistas, realizadas por la autora y una colega española entre 1997 y 2002, a periodistas españoles y británicos implicados en la cobertura de reportajes sobre los escándalos más relevantes de sus respectivos países en los años noventa. Una serie de talleres/seminarios con periodistas británicos, que tuvieron lugar entre 1997 y 2002 en la Universidad de Sheffield, un taller presidido por la autora con periodistas españoles en la Universidad de Navarra en noviembre de 2001 y un seminario con periodistas británicos que tuvo lugar en junio de 2002 constituyen una tercera vía de información. En todas estas ocasiones los profesionales debatieron sobre las prácticas y los principios periodísticos.

6 Se llevó a cabo un análisis profundo de la literatura sobre la ética y el periodismo con Christians, C.G. (1995) y Starck, K. (2001) como puntos de partida para la revisión de la investigación sobre la ética periodística en lengua inglesa. En el mundo hispano-parlante se tomaron como referencias Soria, C. (1997), Canel, M.J. y Piqué, A. (1998), Aznar, H. (1999) y Benavides, J. y Fernández, E. (eds.) (2001). En la actualidad existe una extensa literatura sobre la ética de la virtud. Ésta se encuentra explicada de manera sucinta en los estudios de Slote, M. (1992), MacIntyre, A. (1997) y (1999), Hursthouse, R. (1999) y Foot, P. (2001).

7 <http://www.mori.com/polls/1998/harris.shtml>

8 La tirada de la prensa nacional en España es una de las más bajas de Europa. Sin embargo, la prensa deportiva y la llamada “prensa del corazón” gozan de más popularidad.

9 European Commission (2001).

10 La decisión de *The Sunday Mirror* de publicar una entrevista que el juez del proceso contra los jugadores del equipo de fútbol de Leeds consideró perjudicial acabó con la dimisión de su director, Colin Myler, el 12 de abril de 2001. Los rumores de que el periódico iba a recibir una multa considerable hicieron bajar el precio de las acciones de la empresa matriz, *Trinity Mirror*, reduciendo su valor en treinta millones de libras.

11 Snoddy, R. (1992), p. 203.

12 Franklin, B. (1997) y Glover, S. (ed.) (1999), p. 295.

- 13 Harcup, T. (2002), p. 112.
- 14 Clark, A. (1999), p. 284.
- 15 Meyer, P. (1991), p. vii.
- 16 Chippindale, P. y Horrie, C. (1999), p. 364.
- 17 Los títulos de las asignaturas de licenciatura eran los siguientes: “Derecho y Ética” (Universidad de Bournemouth), “Periodismo y Sociedad” (Universidad de Nottingham Trent), “Ética y Reglamento” (Universidad de Central Lancashire), “Ética y Periodismo” (Universidad de Sheffield), “Derecho y Ética” (Universidad de Staffordshire), “Ética en los Medios de Comunicación” (Universidad de Leeds) y “Ética y Reglamento” (Universidad de Nottingham Trent).
- 18 Starck, K. (2001).
- 19 Weaver, D. (ed). (1998).
- 20 Canel, M.J.; Sánchez, J.J. y Rodríguez, R. (2000), pp. 101-102.
- 21 Henningham, J. y Delano, A. (1998), p. 156.
- 22 Henningham, J. y Delano, A. (1998), p. 156.
- 23 Canel, M.J.; Sánchez, J.J. y Rodríguez, R. (2000), pp. 101-102.
- 24 Weaver, D. (ed.) (1998), pp. 466-467.
- 25 Weaver, D. (ed.) (1998), p. 480.
- 26 Ver entrevista a Peter Preston, 14 de junio de 2000.
- 27 Ver entrevista a Bill Hagerty, 1 de julio de 2000.
- 28 Facultad de Comunicación (2001) y Trelford, D. (1998).
- 29 Ryley, J. (2000).
- 30 Oakley, J. y Cocking, D. (2001), p. 9.
- 31 Hursthouse, R. (1999), pp. 12-13.
- 32 Comte-Sponville, A. (2001), p. 32.
- 33 Oakley, J. y Cocking, D. (2001).
- 34 Hursthouse, R. (1999), p. 108.
- 35 Hursthouse, R. (1999), p. 118.
- 36 Hursthouse, R. (1999), p. 114.
- 37 Press Complaints Commission (2001), p. 12.
- 38 Actuar de la misma manera que una persona virtuosa significa, por ejemplo, hacer lo que es valiente, generoso, honesto y justo y, al contrario, no hacer lo que es cobarde, poco generoso, deshonesto o injusto. Una discusión sobre la capacidad de la ética de la virtud para ofrecer normas directrices a la acción en Hursthouse, R. (1999).

- 39 Hursthouse, R. (1999), p. 87.
- 40 Hare, R.M. (1981).
- 41 Hursthouse, R. (1999), p. 179.
- 42 Oakley, J. y Cocking, D. (2001).
- 43 Oakley, J. y Cocking, D. (2001), p. 89.
- 44 Greenslade, R. (2001).
- 45 Meyer, P. (1991).
- 46 Randall, D. (2000), p. viii.
- 47 Stevenson, N. (1999), p. 30.
- 48 Bauman, Z. (1993), p. 51.
- 49 Stevenson, N. (1999), p. 32.
- 50 Warnock, M. (2001), p. 180.
- 51 Esto no quiere decir que toda la cobertura posterior haya mantenido los altos estándares del primer día. En particular, los periodistas se volvieron un poco ebrios con el “encuadre” de la “guerra contra el terrorismo” en los días posteriores a los atentados.
- 52 Randall, D. (2000), p. 8.
- 53 Citado en Goodwin, E.H. (1987), pp. 15-16.
- 54 Citado en Keeble, R. (2001), pp. 144-145.
- 55 Simpson, J. (2000), p. 325.
- 56 Citado en Isaacson, W. (1998).
- 57 Sólo puedo hacerlo a grandes rasgos. Un examen más detallado de estas cuestiones en Sanders, K. (2003).
- 58 Goodwin, E.H. (1987), p. 353.
- 59 Oakeshott, M. (1991), p. 468.
- 60 Hursthouse, R. (1999), p. 58.
- 61 Ciertamente, nos encontramos en aguas filosóficas profundas. Hursthouse y Foot proporcionan intentos valiosos para demostrar la racionalidad de la moralidad desde la perspectiva de la ética de la virtud. El trabajo de Williams, B. (1995) expresa un punto de vista escéptico sobre la posibilidad de tal proyecto.
- 62 Foot, P. (2001), p. 65.
- 63 Scruton, R. (1998).
- 64 Foot, P. (2001), pp. 97 y ss.

Copyright of *Empresa y Humanismo* is the property of Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, S.A. and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.